

## **El destino del español filipino**

Jean CAUDMONT  
Justus-Liebig Universität Giessen

**RESUMEN:** Se revisa aquí la historia de la lengua española en Filipinas, para llegar a evaluar su situación como lengua hablada y como lengua de la enseñanza a lo largo de las últimas décadas, tanto en relación con lenguas indígenas como con el inglés, y para señalar, al lado de su decadencia y nada halagüeño futuro, la pervivencia de la huella espiritual española en la cultura del archipiélago.

**PALABRAS CLAVE:** Español, Filipinas, chabacano, tagalo.

**ABSTRACT:** The history of the Spanish language in the Philippines is reviewed here. An evaluation of its situation as a spoken language and as a language used in teaching over the last few decades in relation with indigenous languages and with English is provided as well. In this way, along with its decline and not very promising future, one can also see the Spanish spiritual traces found in the culture of this archipelago.

**KEYWORDS:** Spanish, Philippines, Chabacano, Tagalog.

### **LA ÉPOCA COLONIAL (1565-1898)**

La presencia, hasta el siglo XX, de la lengua española en el sudeste asiático (Filipinas) y en el Pacífico occidental (Guam) fue la consecuencia directa de la instalación de los portugueses en Asia después del Tratado de Tordesillas, firmado entre España y Portugal en 1493-94, que dividió el globo, todavía por descubrir, en dos partes: el hemisferio occidental, reservado a España; el oriental, a Portugal.

La línea divisoria fue localizada, el 4 de mayo de 1493, a 100 leguas (aprox. 550 km) al oeste de las Azores (aprox. 33° O), pero, el 7 de junio de 1494, a 360 leguas (aprox. 1 850 km) del archipiélago de Cabo Verde (aprox. 40° O), lo que resultó más favorable para los portugueses y permitió más tarde su instalación en una pequeña parte del nordeste del Brasil, oficialmente descubierto, en 1500, por el portugués Pedro Álvares Cabral. Un nuevo cambio del meridiano atlántico, hasta cerca de la frontera de la Guayana francesa de hoy (50° O), ocurrió más tarde.

En las antípodas, la posición del meridiano 40° O corresponde, en el Pacífico, a 140° E, y el meridiano 50° O, a 130° E, pero no podían definirse precisamente, en el terreno, por falta del conocimiento exacto del tamaño del globo terrestre (evaluado entonces al 60% de su valor real) y de mapas de países orientales. El Tratado de Zara-

goza (1529) determinó esta línea de demarcación, incluyendo prácticamente las Filipinas en el hemisferio portugués. Luego España abandonó el oeste del Brasil, para compensar la ocupación ilegal del archipiélago filipino, lo que hizo del territorio brasileño completo una colonia portuguesa.

Desde la época del descubrimiento de la costa africana, a partir de 1419, por iniciativa del príncipe Enrique *El Navegante*, los portugueses habían planeado circunnavegar África para llegar a Asia. En 1487, Afonso de Paiva y Pedro de Covilhã consiguieron llegar a Calicut (hoy *Kozhikoda*), en la costa occidental de la India (*Kerala*), por vía terrestre, hazaña extraordinaria en esta época, y trajeron importantes informaciones guardadas en secreto para los futuros navegantes.

En 1498, Vasco de Gama, después de rodear África, llegó también, por mar, a Calicut, primera etapa hacia el archipiélago de las Molucas, fuente principal de las especias, tan apreciadas en la Europa medieval. Descubrió ahí la importancia de la India y, sobre todo, de China. A su regreso, en 1502, llevó a Europa, además de especias y de porcelanas chinas, también el nombre moderno del país, *China*, conocido entonces en Europa como *Catay*. *China* es una palabra malaya para designar el país de los *chins* ('chinos'), donde reinaba la Dinastía *Chin* (265-420), época en que se iniciaron las primeras relaciones comerciales regulares entre India y China.

Los portugueses ocuparon durante su estancia el «barrio chino» llamado *Chinacota* ('ciudad china' en malayo), ocupado desde hacía siglos por negociantes chinos durante su residencia en Calicut.

Mientras los portugueses, después de casi un siglo de esfuerzos para circunnavegar el continente africano, controlaban por fin la fuente directa de las especias, principalmente las Molucas, España, liberada en 1492 del peso de su Reconquista, se interesó por ese fructuoso tráfico y, en consideración del Tratado de Tordesillas, reclamó sus derechos de posesión de este archipiélago, en realidad situado a más o menos 105-130° E, y perteneciente, como el archipiélago filipino (aprox. 120-125° E), al hemisferio portugués. En el Pacífico, solamente la Isla de Guam (archipiélago de las Marianas, 145° E), pertenecía legalmente a España.

Para concretar su reclamación, España mandó una flotilla para ocupar las Molucas, gracias a la ayuda de un navegador portugués, Fernão de Magalhães (castellanizado en *Magallanes*), que se había pasado a su servicio y que había participado en el descubrimiento del sudeste asiático y, particularmente, del archipiélago de las Molucas, en 1511-12, en la expedición organizada desde Malaca por Afonso de Albuquerque, apenas después de su llegada allí, en 1511, y encabezada por Antonio Abreu y Francisco Serão.

De vuelta a Lisboa, Magallanes, amigo de Serão, que se había quedado en la isla de Ternate al no recibir del Soberano una flotilla para volver a las Molucas, ofreció al rey de España su experiencia de la navegación portuguesa en Asia y, así, la posibilidad de llegar también allá, pero por el Pacífico. Magallanes salió de España en 1519, llegó al extremo sur de América, donde encontró el estrecho que lleva ahora su

nombre, y después de un difícil viaje, realizó la primera travesía del Pacífico, descubrió las Islas Marianas y llegó a Sámar (Filipinas) el 16 de marzo de 1521. Bautizó al *Raja* de la isla y a quinientos indígenas, visitó Cebú el 7 de abril y, para satisfacer al soberano de Sámar, decidió luchar contra su enemigo, el *Raja* de la isla de Mactan, en la que murió a manos de los indígenas el 27 de abril. Tras la pérdida de dos de sus naves, el barco restante, en mal estado, llegó, sin embargo, a las Molucas y, cargado de especias, regresó a España por África, camino mucho más corto, con 18 supervivientes (otros 34 marineros, detenidos por los portugueses, regresaron más tarde; es decir, hubo un total de 52 supervivientes de los 237 hombres que habían zarpado en 1519). Pero con este viaje se realizó por primera vez la circunnavegación de la Tierra. La expedición siguiente, de Ruiz López de Villalobos, a Mindanao y a Leyte, utilizó la misma ruta, por América del Sur. Villalobos llamó entonces al territorio *Felepina* (luego *Filipinas*) en honor al soberano español Felipe II.

Todos estos contactos primeros terminaron en fracasos, a veces trágicos. Solamente después de la colonización de México por Hernán Cortés, a partir de 1520, el viaje de Miguel López de Legazpi, que salió en 1565 de Acapulco, llegó, por fin, por esa ruta más corta, a colonizar las Filipinas; primero Cebú y Bohol, y luego Luzón, donde fundó Manila (Maynila) en 1571, base ocupada entonces por musulmanes de Borneo que vino a ser la capital de la colonia. Empezó entonces la colonización de todo el territorio, y la dominación española iba a durar más de tres siglos.

Las tierras y las tribus de la isla de Luzón fueron distribuidas entre los primeros conquistadores, como las demás islas del archipiélago, a medida que caían en manos de los españoles. Aquí, como en África, las regiones islamizadas quedaron fuera de la influencia española.

En Manila, un gobierno municipal fue organizado y encabezado por un Mayor. Después del control definitivo del archipiélago, fueron nombrados y encargados de la administración y de la defensa un Gobernador y un Capitán General. El único control administrativo del Gobernador venía de la *Audiencia*, consejo jurídico establecido en 1583, pero el único control serio venía del obispo, luego arzobispo, de Manila, autoridad suprema en la colonia. El control oficial sobre las colonias del Consejo de Indias, creado en la Península en 1524, quedaba demasiado lejos, y separado de Filipinas por la audiencia de México, para ser eficaz.

Los problemas políticos entre el arzobispo y el gobernador provenían de los abusos de funcionarios y colonos, de su corrupción y de las relaciones con la Iglesia, al principio representada por un clero regular. Pero cuando, mucho más tarde, se permitió la ordenación de sacerdotes locales, este nuevo clero secular, reclutado entre criollos y mestizos frecuentemente corrompidos, entró en lucha abierta contra el clero regular, más estricto.

En esta época, las Filipinas no tenían ningún idioma mayoritario ni ninguna lengua autóctona de civilización. Las relaciones comerciales existentes con China, con el Japón y con el mundo indonesio, ya islamizado en gran medida, se efectuaban por medio del malayo, del árabe, del criollo portugués o de lenguas chinas meridio-

nales por unos pocos comerciantes o piratas del sudeste asiático ya instalados en estas comarcas. Alfabetos influidos por los de Indonesia, venidos de la India, habían aparecido, pero eran muy poco utilizados y los escritos, sobre hojas de árboles o tablitas de bambú, resultaban de conservación difícil con el clima caluroso y húmedo; además, estos escritos fueron rápidamente destruidos por los misioneros, como ya habían hecho en México.

Manila era visitada por chinos antes de la venida de los españoles, y unos cuarenta juncos continuaban visitando el puerto cada año. Muchos comerciantes chinos se instalaron definitivamente. Su número era ahora muy grande en Pavian, en Ermita y también en la otra ribera del Río Passir, en Quiapo y Santa Cruz, pero siempre al alcance de los cañones de la fortaleza, y fueron más tarde reunidos en Binondo para que fuera más fácil controlar sus relaciones con piratas chinos. Un chino cristiano fue nombrado *Capitano* de la comunidad. Muchos siguieron siendo comerciantes, pero la mayoría se hicieron artesanos y se enriquecieron rápidamente. Entonces empezó a haber persecuciones por parte de los colonos y mestizos *españoles*, lo que desembocó en las revueltas de 1602, 1639 y 1661. Pero, poco a poco, muchos adoptaron la religión católica y se casaron con mujeres nativas (el escritor José Rizal tenía un abuelo chino); hoy todavía controlan los chinos una parte importante de las riquezas comerciales y industriales del país. También japoneses visitaron y se instalaron en fecha temprana en el archipiélago; indonesios y malayos tenían igualmente contactos marítimos desde antiguo con muchas islas.

Los conquistadores llevaban consigo no solamente la religión católica, que se extendió rápidamente, sino también una lengua de civilización, el castellano, que nunca tuvo allí el mismo éxito que en América, pero que permaneció, sin embargo, durante tres siglos y medio, como lengua de la administración, del ejército, de la enseñanza y también de un número reducido de pobladores autóctonos escogidos (por ejemplo, las familias de jefes de tribus) así como de los emigrantes españoles peninsulares o, sobre todo, mexicanos.

Al terminar la conquista del territorio, la colonización se volvió pacífica. El número muy reducido de inmigrantes, que llegaban después de un largo viaje, impidió la introducción de enfermedades europeas, que en América afectó tan profundamente a la población indígena. Esta colonización, con la introducción del catolicismo, creó un sentimiento de comunidad de los grupos étnicos tan distintos de este país, sentimiento que más tarde engendraría un nacionalismo opuesto a la presencia de España.

Hoy en día, solamente la religión católica, mayoritaria, y algunas costumbres y maneras de pensar han sobrevivido, pero la lengua española ha desaparecido del uso cotidiano en el siglo XX, reemplazada por el *tagalo* (lengua de Manila y de sus alrededores) y el inglés escolar, como lenguas nacionales.

El Cristianismo se impuso con éxito en casi todas las poblaciones indígenas, con excepción de las zonas profundamente islamizadas (por ejemplo, partes de Mindanao o los archipiélagos Joló y Sulu), que representan el 5% de la población del país, o de tribus remotas, aisladas, que conservaron sus culturas y lenguas austroasiáticas.

Pero, al contrario que en América, las lenguas indígenas sobrevivieron y jugaron un importante papel en la evangelización del país, aunque en detrimento del español.

En los siglos pasados, la política lingüística de España en sus colonias había cambiado frecuentemente y, a veces, de manera contradictoria. Desde la llegada a América, el gobierno español consideró, la cristianización y la castellanización de los pueblos descubiertos como una tarea primordial. Sin embargo, el clero, en primer lugar regular, dependía directamente del rey, que tenía el poder de nombrar a los obispos, e hizo de los misioneros su brazo activo en ultramar, pero ellos se oponían pasivamente a la castellanización para conservar su poder local sobre el indígena y protegerlo también de la influencia peligrosa de los colonos.

En 1555, el Primer Concilio de la Iglesia mexicana, determinó la política colonial y cultural a utilizar y esta se extendió a Filipinas a partir de su colonización en 1565. El clero filipino iba depender completamente de la jerarquía mexicana hasta el Primer Concilio de la Provincia de Manila, en 1771.

Filipinas, por su posición geográfica, no podía tener contacto directo con la Península, pues los océanos entre Europa y Asia, reservados a los portugueses, no podían ser utilizados y el viaje alrededor de América era demasiado largo, entonces el archipiélago fue unido a México, permitiendo así una conexión marítima, más corta, entre Acapulco y Manila, viaje mucho más seguro, pero todavía bastante largo si se tiene en cuenta la travesía del Atlántico y la de México por tierra. Fue, sin embargo, hasta el siglo XIX la única conexión directa posible entre Manila y España.

La estructura administrativa colonial impuesta por Madrid ofrecía un gobierno local bastante tradicional. La más pequeña unidad social era, en Filipinas, el *barangai*, grupo de 40 a 50 familias. Su cabeza era un jefe, al principio por vía hereditaria, pero elegido después de 1850, exento de tributo (*datu*) y de trabajo obligatorio y que pertenecía al grupo de los *principales* de los *pueblos*. Cada pueblo tenía teóricamente una cabecera con iglesia, convento, tribunal y escuela pública. Sus responsables eran frecuentemente un *gobernadorcillo* indígena, pero que podía hablar español, y un sacerdote que tenía poder judicial y administrativo. Una reunión de *pueblos* formaba una *encomienda*, cuyo *encomendero* era un español continental, miembro del clero o laico, que muchas veces había comprado su cargo.

El problema de la lengua en las colonias fue reglamentado por ordenanzas reales aplicadas en América y, por consiguiente, luego en las Filipinas. A partir de 1533, los Franciscanos empezaron a enseñarlo a los indios mexicanos; a partir de 1596, los Agustinos, a los indígenas filipinos, también llamados *indios* durante el tiempo de la colonia por el clero y la administración. En 1751, el Rey Fernando VI (1713-1759), consideraba «el español como el perfecto instrumento de la dominación imperial».

Era imposible utilizar, en el archipiélago, la política de mestizaje extenso tan favorable a la introducción del español en América. El Rey Carlos I de España, Carlos V en Alemania (1500-1558), decretó que todos los *Principales*, o sea, las familias de jefes de tribus, formando el grupo de *Principalia*, debían saber hablar español «para

aprender las buenas maneras», pero sobre todo para formar un cuerpo de intérpretes que permitiera a la administración colonial comunicarse directamente con los numerosos grupos lingüísticos, sin tener que pasar por la mediación de los misioneros. Este conocimiento del idioma permitía también a los jefes de tribus tener acceso a la posición de *gobernadorcillo* de su comarca. En 1550, el rey deseó, finalmente, ver abrir escuelas para todos los indígenas de América que lo desearan; en principio, el mismo deseo debía aplicarse en las Filipinas, pero allí no se realizó por falta de personal competente.

La política colonial de Carlos I representaba un compromiso humano y realista y respetaba los derechos de las poblaciones locales, compatibles con el derecho de los colonos a enriquecerse para facilitar así la castellanización de todo el país. Esta política liberal fue de nuevo atenuada por el rey Felipe II (1527-1598), que pensaba que el español no era necesario para la enseñanza de la religión católica y que las lenguas indígenas serían quizá más eficaces en esta tarea. Felipe IV (1605-1665) aceptó este deseo y decretó que todos los sacerdotes debían dominar la lengua de sus feligreses. Fue el rey Carlos II (1661-1700) quien decidió definitivamente que todos los indios debían aprender a comunicar en español para no necesitar intérpretes. El rey, por su «despotismo ilustrado», decretó, por Real Cédula de 1686, que las lenguas indígenas debían ser prohibidas, lo que tuvo por consecuencia la pérdida de numerosos idiomas amerindios minoritarios, a pesar del clero, que, para resolver el problema del mosaico de lenguas, había desarrollado el concepto de «lenguas generales», que debían imponerse a todos los indios en regiones determinadas; esto dio como resultado, en América, la extensión del quechua, del guaraní, etc., a comarcas donde estas lenguas nunca se habían hablado antes.

Esa política tenía que aplicarse, naturalmente, también en las Filipinas, a pesar del clero, consciente de su importancia política merced a su conocimiento de las lenguas locales, pero allí nunca se aplicó el decreto real. El clero conservó en el archipiélago el poder suficiente para imponer su deseo. Trató también, pero sin éxito, de imponer el *tagalo*, lengua de la región de Manila, como «lengua general» del país, y los misioneros empezaron a escribirlo, pero sin poder todavía extender su uso. Las congregaciones y el clero secular siguieron siendo, hasta el fin de la colonia, los intermediarios imprescindibles entre la administración y la población indígena, a fin también de proteger a esta última de la influencia maléfica de los laicos: colonos españoles y soldados mexicanos, activos o retirados; por esta razón se prohibió igualmente la permanencia de laicos en los territorios en manos de indígenas.

El hecho era que todos los individuos nacidos en Filipinas, incluidos los de origen peninsular por sus padres así como todos los mestizos de los soldados españoles o, sobre todo, mexicanos, generalmente casados con mujeres indígenas y que permanecían en el país después de terminar su enganche, no tenían derecho a ocupar puestos oficiales civiles, militares, o religiosos, ocupaciones reservadas exclusivamente a peninsulares con pocas y tardías excepciones (miembros del nuevo clero secular). La presencia de soldados casi siempre reclutados en México y de hijos de inmigrantes de ese mismo origen explica el aspecto hispanoamericano del español filipino.

Este deseo de dificultar el contacto entre españoles, sobre todo originarios de México, con los indígenas, impidió, en el siglo XVIII, el desarrollo del español, y todavía más después de la introducción de un clero secular reclutado, por primera vez, entre indígenas y mestizos que hablaban español y también idiomas autóctonos o descendientes de españoles nacidos en Filipinas, que no tenían antes derecho a empleos del Estado, a cargos de oficiales del ejército o a entrar en las congregaciones. La mayoría de los miembros del clero secular resultó ser, por primera vez, de habla nativa filipina. También fue desastrosa la prohibición, en 1765, de la Compañía de Jesús, que había controlado, con éxito, la educación local española, reducida, pero de buena calidad: su Colegio de San Ignacio, creado en 1589, Universidad Pontifical a partir de 1621 y Universidad Real en 1653, desapareció después de la expulsión de los misioneros.

Para reemplazar a los Jesuitas, muchos criollos españoles, filipinos o mestizos que sabían hablar español fueron aceptados en los seminarios y rápidamente fueron ordenados 2770 sacerdotes. La consecuencia fue trágica para el control de España sobre el archipiélago y para la calidad de la fe católica, de la moral de la población y de la enseñanza del castellano. En 1860, el Gobernador y Capitán General Román Solano, en una carta al Ministerio de Defensa en Madrid, pidió el envío de 150 maestros de escuela para asegurar la enseñanza de la lengua nacional en Manila, donde solo se hablaba en Intramuros (barrio español), mientras que Ermita (barrio de mestizos) hablaba chabacano y Binongo (barrio chino) hablaba amoy-hokkien o cantonés y los alrededores de la capital, tagalo. En España, la falta de maestros, también muy aguda, impidió una respuesta favorable a este deseo.

La corrupción de una parte de este nuevo clero secular, su oposición al clero regular todavía presente y luego su simpatía a favor de los movimientos independentistas de América provocaron las rebeliones de 1823, 1859 y 1896. Esta última se aprovecharía de la derrota de España en su guerra contra los Estados Unidos (1898), que tuvo como consecuencia la pérdida de sus últimas colonias americanas, pero también de la Isla de Guam y del archipiélago filipino.

En realidad, la eficacia de la enseñanza de la lengua española en el archipiélago dejaba mucho que desear por la dispersión del territorio, con 2500 islas habitadas y muchas regiones de acceso difícil, por falta de escuelas —y sobre todo de maestros calificados— y por la oposición por parte del clero regular.

En 1773, el clero fue oficialmente acusado de esa oposición a la enseñanza del castellano. Hasta 1855, la enseñanza popular continuó siendo bastante limitada. Evidentemente, el clero regular, exclusivamente peninsular, quería controlar a los indígenas para protegerlos contra los abusos de la administración colonial, propensa a tratarlos casi como «esclavos», aunque desde el siglo XVI el *indio* quedaba protegido por la Corte contra trabajos forzados. En Filipinas, en razón de la distancia, la importación de africanos no había sido posible como en América, de lo que resultó la dificultad de extender la agricultura de manera apreciable por falta de mano de obra barata. Además, la corrupción de una parte importante de los empleados del Gobierno colonial y

de los primeros colonos facilitó el aprovechamiento de la situación inferior de una población indígena inculta. Las *encomiendas* (250 en 1592) estaban en manos del clero o bien de laicos controlados por él.

Al terminar la conquista militar, la colonización continuó pacíficamente. La llegada de muy pocos inmigrantes de España o de México, después de un viaje penoso y muy largo impedía la entrada de enfermedades nuevas, responsables en América de la desaparición de una gran parte de la población indígena en la época de la Conquista. El archipiélago siguió siempre siendo una empresa de misioneros, y la falta de inmigración impidió la extensión del español por el mestizaje. Pero aparecieron, desde el siglo XVIII, muchos libros para el aprendizaje de las lenguas indígenas (vocabularios, gramáticas, catecismos, libros de oraciones, etc.) y se crearon alfabetos para estas lenguas, elaborados por el clero regular, recién llegado de España. Pero en la misma época el Gobierno español encontraba con dificultad interesados en ocupar puestos oficiales, aunque estaban bien pagados.

Pero, contrariamente a lo sucedido en América, una gran parte de los idiomas nativos se conservaron y se extendieron, incluso en Manila, cuyo *tagalo* tendría en el siglo XIX una influencia directa en la divulgación, en el pueblo, de la oposición, no cultural sino social, al gobierno colonial, origen del movimiento independentista.

La castellanización de Filipinas ha siempre sido difícil, ante muchos factores desfavorables no presentes en América. En primer lugar, por el alejamiento de la madre-patria y la situación geográfica del archipiélago, por una población española muy reducida y la consiguiente imposibilidad de un mestizaje extenso como en América. El control de los portugueses, hasta 1580, y luego de los holandeses, desde el siglo XVII, sobre el sudeste asiático, el océano Índico y la ruta marítima por el Cabo de Buena Esperanza, hizo incluir las Islas Filipinas en el *Virreinato de Nueva España*, fundado en 1535 en México.

Tras el final de la hegemonía de Portugal en el sudeste asiático, consecuencia de la anexión del país a España en 1580, los holandeses ocuparon progresivamente, en el siglo XVII, casi todos los puntos de apoyo portugueses, salvo Goa y Macao, pero sin influencia notable de su idioma, pues la política colonial holandesa se oponía al aprendizaje del holandés por los nativos, pero utilizó y extendió el malayo como lengua general y este se ha convertido hoy en lengua nacional de la República de Indonesia. El holandés quedó, sin embargo, como la única lengua europea estudiada en el Japón después de la prohibición de entrada a los extranjeros, hasta la llegada de la flota americana en 1854. Su conocimiento era necesario para poder aprovechar documentos y libros que traía el único barco holandés que cada año tenía permiso para anclar en Nagasaki.

Prácticamente los contactos administrativos, religiosos y comerciales de Filipinas se vieron reducidos durante más de dos siglos a un contacto marítimo anual entre Acapulco y Manila. Este viaje, utilizando desde América los vientos alisios duraba, con un mar tranquilo, dos meses y medio. El viaje de regreso se efectuaba más al norte, para evitar esos vientos contrarios, pero en zona de tempestades, y duraba hasta



seis meses. Como el barco se quedaba algunos meses en Manila, hasta llenar sus bodegas de productos chinos y japoneses para México y España y esperar el cambio de monzón, la travesía completa duraba más de un año.

En el siglo XVI este viaje se realizaba con una flota de dos o tres galeones, pero a partir del siglo XVII solamente se permitía un barco anual, o sea, un único contacto anual, indirecto, entre España y su colonia. ¡La repuesta a una carta tardaba así casi dos años! Tal situación hacía difícil el control de España sobre sus representantes en Manila y fue fuente de enormes privilegios comerciales a favor una ínfima minoría, tanto en Manila como en Acapulco y en Ciudad de México.

Otro factor desfavorable fue la restricción de las relaciones comerciales impuestas por el gobierno español a petición de los comerciantes de Sevilla, que controlaban el tráfico marítimo en el Atlántico y miraban con malos ojos el desarrollo de un tráfico comercial en el Pacífico, fuera de su monopolio. Los tejedores sevillanos consideraban también la importación de seda china a México adversa a la exportación de sus tejidos a América. Esta influencia de los comerciantes sevillanos era tan poderosa que habían obtenido también la prohibición de todo comercio entre las colonias españolas en América. Fueron esos tejedores los que impusieron la limitación de un solo galeón anual y con un valor máximo de 250 000 pesos de mercancía. En realidad, cada viaje transportaba mercancías por más de dos millones de pesos, a favor de esta pequeña minoría de traficantes en Manila, como en Nueva España.

En fin un factor determinante contra la extensión del castellano fue el bajo porcentaje de población inmigrante, por razones evidentes: el alejamiento, la falta de recursos naturales (oro, plata, etc.) y la imposibilidad de agricultura extensa. En 1650, Manila contaba 42 000 habitantes: 7 500 españoles *Intramuros*, 15 000 chinos en Pavian (hoy Binongo) y 20 124 filipinos en los alrededores. A principios del siglo XVIII, mientras América Latina contaba 2 343 000 españoles por 24 063 701 habitantes, o sea, el 18% de la población, Filipinas contaba 13 534 españoles entre 5 121 423 habitantes, es decir, el 0,23% de la población.

Varias veces fueron presentados al rey proyectos de abandono de Filipinas, pero con oposición vehemente de los eclesiásticos porque ello significaría el retorno al paganismo de la población indígena o, peor aún, la venida de los holandeses calvinistas, ya instalados en Malaca en 1642, ahora que controlaban casi todo el sudeste asiático (con excepción de Goa y Macao).

La constitución española de 1822, emancipó las colonias americanas e hizo brotar entre los nativos filipinos un deseo de independencia que se manifestó en las revoluciones de 1823, 1859 y 1896. El descontento, hábilmente manipulado por la sociedad secreta *Katipunán*, inspirada por el movimiento masónico clandestino del Gran Oriente de España, tuvo como resultado el movimiento separatista de 1896, que costó la vida al mejor escritor español de Filipinas, José Rizal, aunque no participase en el movimiento por no considerar al pueblo suficientemente maduro para sacar provecho de la independencia.

Las negociaciones iniciadas por Emilio Aguinaldo, jefe del movimiento, y el Gobernador, General Fernando Primo de Rivera, no resultaron. Aguinaldo proclamó la independencia y aprovechó la guerra entre España y los Estados Unidos para obtener su separación de la madre-patria, pero tuvo que aceptar el control por los EE.UU. como en Guam y en las últimas colonias españolas americanas (Tratado de París, 1898). Aguinaldo y sus «patriotas» continuaron entonces la guerrilla, en el norte de Luzón, hasta 1904, ahora contra el ejército americano.

### INDEPENDENCIA Y ADMINISTRACIÓN AMERICANA (1898-1934)

La separación de España, en 1898, produjo una situación que iba a tener consecuencias lingüísticas considerables en detrimento del español. La administración americana, después de reemplazar a la española, tuvo que hacer frente a una situación cultural desastrosa: un 90% de analfabetas, y apenas un 10% de la población con diverso grado de dominio del español; en este último grupo solamente en torno a un 3% lo tenían como lengua materna o principal.

El primer problema que se presentó al gobernador americano William Howard Taft (futuro presidente de los EE.UU, 1909-1913), fue de educación. Taft quiso abrir inmediatamente escuelas gratuitas para todos en todo el país. El español, reconocido como lengua oficial al lado del inglés, fue escogido como lengua de la educación, pero era prácticamente imposible utilizarlo por falta de textos y, sobre todo, de maestros competentes, y sin que existiese ninguna posibilidad de reclutarlos en España, donde también hacían falta. Entonces se decidió introducir el inglés como lengua escolar. Con este fin, Taft hizo venir de su país un barco con quinientos maestros de escuela y los libros necesarios para empezar la enseñanza. Únicamente las escuelas privadas, controladas por la Iglesia, continuaron enseñando en español, pero solo estaban al alcance de los filipinos que podían pagar.

Los maestros llegados de América, cuya denominación local *Tomasites* viene del nombre del barco que los transportó, el *Thomas*, realizaron una tarea considerable, aun a pesar de una formación técnica muchas veces inadecuada, e introdujeron conocimientos de inglés en casi todas partes del país y en todas las clases sociales. La parte de la población de habla española y el grupo irreductible de independentistas trataron, con cierto éxito, de conservar la lengua de Cervantes, ayudados por las escuelas de las congregaciones. Su éxito es visible en el número de libros en español publicados entre 1900 y 1930, superior al de libros publicados durante tres siglos y medio de administración española en la colonia.

El español filipino escrito no difiere del castellano culto, pero la lengua hablada, influida por el español mexicano, se separa claramente, por la presencia del seseo, por una *s* no alveolar sino dental, por la pronunciación particular de la *ll* y de la *y*, etc. Su vocabulario también utiliza, a veces, palabras locales que no tienen equivalencia en español, pero no hay otras diferencias profundas respecto de la fuente peninsular y los pocos que guardan el español como lengua materna lo cuidan mucho. Algunos fi-

lipinos que estudiaron en España y que tuvieron tiempo de adquirir la pronunciación castellana tratan, por razón de prestigio, de conservarla a su regreso, pero son muy pocos, porque hoy en día los jóvenes, si salen del país, van a estudiar a los EE.UU.

La gratuidad de las escuelas inglesas atraía a las clases humildes; el español se volvió la lengua de una elite rica, residente en las pocas ciudades importantes del país. Además, la Segunda Guerra Mundial fue fatal para la presencia y a la influencia de la Iglesia española en el país. La comunidad española, por su simpatía con los resistentes filipinos y su unión estrecha con el catolicismo fue mal aceptada por los japoneses. A pesar de la neutralidad de España en el conflicto, muchos de los misioneros de nacionalidad española fueron ejecutados entre 1942 y 1945. Al terminar la guerra, el resto de la comunidad española no pudo llenar el vacío ni recibió tampoco, de una España debilitada por la Guerra Civil, la ayuda que esperaba. Después, los diplomáticos españoles trataron de mejorar la situación crítica de la cultura y la lengua españolas, pero demasiado tarde. El prestigio de los EE.UU., vencedores en la Segunda Guerra Mundial, reemplazó al prestigio histórico de España.

### EL ESPAÑOL EN LA PRIMERA CONSTITUCIÓN OFICIAL (1934-1973)

Una primera versión, en español, de la Constitución de la nueva República fue publicada en 1898, pero el Congreso americano no concedió la autonomía sino en 1916, y solamente en 1934 aprobó la «Constitución de una Commonwealth de Filipinas» y el nombramiento de su primer presidente, Manuel Quezón, que se retiró en 1941 a la llegada de las fuerzas japonesas a Manila. Liberado en 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, el Estado Filipino proclamó su independencia el 4 de julio de 1946.

Un nuevo factor iba a jugar un papel definitivo contra el español: la elección de una lengua nativa como lengua nacional. Esta política, apoyada por los EE.UU. para satisfacer la opinión popular nacionalista antiamericana, se desarrolló en los años treinta y la primera Constitución, promulgada en 1934, aludió a este proyecto:

The Congress shall take steps toward the development and adoption of a common national language based on one of the existing native languages (Art.14, Sec.3).

Este deseo no era fácil de satisfacer, porque no había ninguna lengua mayoritaria entre las 79 a 87 lenguas autóctonas independientes identificadas en varias estadísticas y representadas por 988 «dialectos». El *cebuano*, principal dialecto del archipiélago Bisaya, era utilizado en esta época por un 14% de la población (hoy 24%), no solo en Cebú, sino también en muchas islas vecinas y en una parte de Mindanao. Era el idioma más hablado y de mayor dispersión; sin embargo, el *tagalo*, hablado por el 11% (hoy 28%) de los filipinos, fue adoptado por ser la lengua de la capital y también por haber sido la lengua materna de casi todos los miembros del grupo revolucionario *Katipunán*, actor principal del movimiento independentista de 1896. Este idioma ya había sido en fecha muy temprana seleccionado y dotado de un alfabeto latino por los

misioneros y había producido una modesta literatura, de carácter sobre todo religioso. Pero no se alcanzó a imponer el tagalo como *lingua general* para todo el país; solamente la política americana realista del siglo XX tuvo éxito en hacerlo reconocer como lengua nacional, al lado del inglés y en detrimento del español.

### EL ESPAÑOL EN LA SEGUNDA CONSTITUCIÓN (1973-1987)

Hoy, el tagalo, rebautizado *pilipino* (pues la *f* hace falta en este idioma), pero oficialmente escrito *filipino*, ha sido convertido en lengua nacional y lengua escolar por la nueva Constitución de 1973. Aparte de pequeños grupos aislados que conservaron su cultura y su lengua propia, es comprendido y utilizado en todo el país al igual que el inglés, también lengua nacional, enseñado en todas las escuelas y hablado hoy, de manera limitada, pero utilizable, por más del 50% de los filipinos. Pero fuera del centro de la isla de Luzón estos dos idiomas escolares se suman a la lengua materna local, así que no queda para el español ninguna posibilidad de imponerse. Sin embargo, el español conservó, a pesar de alguna oposición y con una corta interrupción (1987-2001), su estatuto de lengua oficial, aun cuando sea una segunda lengua para la mayoría de los que todavía lo hablan.

Las escuelas católicas que enseñaban en español y la enseñanza en inglés en las escuelas públicas sufrieron a causa de la ocupación japonesa y de su política anti-europea y antiamericana, lo que favoreció el uso del tagalo.

El estudio obligatorio del español para futuros estudiantes de Historia y de Derecho había sido decidido por la tardía ley de 1941, que no fue entonces promulgada a causa de la Guerra del Pacífico. Lo fue definitivamente el 29 de Febrero de 1949, pero dicho estudio se quedó en «facultativo» por razones financieras.

En 1952, el senador Enrique Magalona, apoyado por un grupo de parlamentarios favorables a la lengua de Cervantes, hizo votar la Ley 703, a fin de reintroducir la lengua española obligatoria en el segundo ciclo de las escuelas secundarias privadas y públicas a razón de 12 unidades, elevadas a 24 en 1957. Miguel Cuenco y un grupo de parlamentarios hispanistas propusieron la introducción de la literatura filipina en español en las escuelas. Esta introducción fue un deseo algo ambicioso, pues con esta enseñanza mínima no se alcanzaba a dominar un vocabulario suficiente y esta enseñanza consistía en traducir con dificultad algunos textos cortos y difíciles también para los enseñantes, insuficientemente preparados. A pesar de la reacción favorable de una parte del público, el español nunca volvió a alcanzar su importancia anterior. Solo en 1960 y 1966 el *Department of Education* controló los conocimientos y la competencia pedagógica de los profesores de español, pero en 1967 el Secretario de Educación tuvo que reducir de nuevo a 12 las unidades de español por razones financieras, y la motivación de los profesores y de los alumnos continuó debilitándose. En 1973 había 3 200 profesores de español en el país, y únicamente 765 con formación universitaria, los otros 2 405 poseían solamente los modestos conocimientos adquiridos con las 12 ó 24 unidades del colegio.

El Presidente Fernando E. Marcos, elegido por primera vez en 1966, y que no hablaba español, rechazó, sin embargo, en 1972 el proyecto del Parlamento de suprimir totalmente su enseñanza y la conservó por ser indispensable para consultar los archivos históricos y notariales, que contienen más de doce millones de documentos en esta lengua. Los cuatro semestres de iniciación facultativa que existían en las escuelas secundarias, obligatorios para los futuros estudiantes de Historia o de Derecho, eran imprescindibles para poder consultar estos documentos. En marzo 1973, el Decreto Presidencial 155 afirmó que:

The Spanish Language shall continue to be recognized as official language in the Philippines while important documents in government files are in Spanish language and not translated either in English or Philippine language.

La Presidente Corazón C. Aquino (1986-92), educada en los EE.UU. y sin contacto con la cultura española, decidió suprimir el español como lengua oficial y también su aprendizaje escolar; el conocimiento del español se volvió totalmente facultativo, pero ella añadió el árabe con el mismo estatuto de lengua marginal, para satisfacer al 5% de musulmanes en el sur del país.

### EL ESPAÑOL EN LA TERCERA CONSTITUCIÓN (DESDE 1987)

En la Tercera Constitución, promulgada en 1987, el destino del español era asunto concluido:

The national language of the Philippines is Filipino. As it evolves, it shall be further developed and enriched on the basis of Philippine and other languages.

[...] the Government shall take steps to initiate and sustain the use of Filipino as a medium of official communication and as language of instruction in the educational system (Art. 14, Sec. 6).

En 2001, después de su elección a la Presidencia de la República, Gloria Macapagal-Arroyo restableció, por fin, el estatuto anterior del español, pero sin poder parar la drástica disminución de su uso ni establecer, por razones financieras, la obligación de su enseñanza.

Esas vacilaciones modernas han debilitado, naturalmente, el uso del español en la vida cotidiana.

### EL CHABACANO, CRIOLLO HISPANO-PORTUGUÉS

La población de habla española incluía tradicionalmente en el país no solamente a quienes tenían el español como lengua materna, sino también a quienes lo habían aprendido como lengua extranjera y lo dominaban con un éxito muy variable, como también a los numerosos hablantes de los dialectos del *chabacano*, en la Bahía de Manila —*ermiteño* (†), *caviteño*, *ternateño*— y en las islas de Mindanao y de Basilán.

Este criollo, que los filipinos llaman erróneamente *español antiguo*, viene, en realidad, del criollo portugués de los inmigrantes católicos, expulsados de las Molucas por los holandeses después del Tratado de París, en 1662, al terminar la guerra entre las Provincias Unidas y Portugal, que perdió entonces casi todos sus territorios en Asia. Este criollo portugués de los inmigrantes moluqueños se mezcló con elementos españoles, mal aprendidos ya después de la llegada de misioneros jesuitas españoles a las Molucas y posteriormente tras la instalación de una parte de esta población católica en las Filipinas: Bahía de Manila —*Ermita, Cavite, Ternate* y, recientemente, *Olangapo*—, de donde se extendió, más tarde, en el sur del país, a Mindanao —*Zamboanga, Cotabato, Marawi, Davao* (†)— a Basilán (*Isabela*) y ahora también a Borneo (Sabah, Malasia Oriental).

En el vocabulario de este criollo domina hoy el español (40%) o formas ambiguas hispano-portuguesas (32%), algunas reintroducidas por el tagalo, que adoptó miles de palabras españolas. El portugués común representa solamente el 7%, el tagalo el 20% y el inglés menos de un 1%. Pero el sistema gramatical muestra una influencia profunda del criollo portugués y de las lenguas filipinas (tagalo, cebuano, etc.); es una verdadera mezcla de lenguas.

La pronunciación es una reducción de la portuguesa tal como aparece en el criollo portugués, pero se halla también muy marcada por el español americano; por ejemplo, en la pronunciación oclusiva de la *v* portuguesa (*v > b*): *vos > bos* (hay conservación, sin embargo, en algunos préstamos portugueses), la ausencia del fonema /θ/ (*z*) del castellano, la adopción del fonema /č/ (*ch*), que no existe en portugués, pero que es frecuente no solamente en español, sino también en muchas lenguas filipinas. El fonema /š/ (*x*) del portugués desaparece a favor de /č/, con muy pocas excepciones, la *j* (fonema /x/) española aparece como /h, s/, *hente, sabón, relós*. Se encuentra una sola *r*, con pronunciación sencilla en todas las posiciones.

El sistema fonológico de las lenguas indígenas es bastante simple y varía muy poco. El tagalo y el cebuano tienen tres vocales, *i, a, u*, pero han introducido *e* y *o* en los numerosos préstamos del español. El criollo filipino conoce los siguientes fonemas: cinco vocales, /i/, /e/, /a/, /o/, /u/, y 17 consonantes, /p/, /t/, /k/, /b/, /d/, /g/, /m/, /n/, /ŋ/ (*ng*), /s/, /h/, /č/ (*ch*), /r/ (*r, rr*), /l/, /j/, /w/, /ʔ/ (*q*). La *ll* y la *ñ* de la ortografía tradicional pueden, como en las lenguas locales, interpretarse como grupos /ly/ y /ny/.

Este sistema suprime el fonema /f/ del hispano-portugués que pasa a pronunciarse como el fonema /p/: *filipino > pilipino*. La grafía *h*, que se utiliza en la transcripción tanto de las lenguas autóctonas como del criollo filipino, representa varias pronunciaciones. Si viene de la ortografía latina, es puramente etimológica y no se pronuncia: *hora* ['ora] (español o portugués). Si viene de una palabra latina o portuguesa con *f*, se pronuncia ya fricativa bilabial [β], ya velar o laríngea [h]; representa también la oclusiva laríngea [ʔ] (*q, k*): *hendeq, lohotro, buhotro*.

El acento tónico fonológico hispano-portugués permanece en criollo: *sópa* 'so-pa' / *sopá* 'sofá'.

La gramática muestra similitudes con la del criollo portugués de Malaca y de Macao. La lengua conserva un artículo determinado *el* y un artículo indeterminado *un* españoles, ambos invariables y diferentes en su uso: *el libro*, *el casa*, *un libro*, *un casa*, *un muchacho*, *un muchacha*. El criollo portugués conoce únicamente un artículo indeterminado invariable *unga*, que se confunde con el numeral *uno*.

Un morfema *si* se utiliza frecuentemente ante un nombre de pila o un apellido: *si Jesús* ‘Jesús’, *yo si Pedro* ‘soy (el) Pedro’.

El sustantivo es invariable, pero tiene, a veces, palabras distintas para notar el género «natural», como el criollo portugués: *muchacho*, *muchacha*.

El plural se marca usualmente mediante el prefijo filipino *m(a)ga* (< tagalo / bisaya): *mga-libro* ‘libros’, *mga-casa* ‘casas’; si no, singular y plural son idénticos: *ya-comprá éle manga y guayaba* ‘el compró mangas y guayabas’. Muy pocas palabras aparecen con un plural español en (*e*)s: *dos pesos*.

Algunos sustantivos que vienen del hispano-portugués son préstamos del tagalo o del cebuano: *pare* ‘amigo’ < tg. < (*com*)*padre*?, *sabi* ‘saber’ < tg. < hispano-portugués, *silbi* ‘servir’ < tg. < hispano-portugués. A veces, palabras que parecen hispano-portuguesas son préstamos de lenguas locales: *lupa* ‘suelo, tierra’, *ama* ‘padre’, *ano* ‘qué?’ etc.

El adjetivo es invariable: *un libro viejo*, *un casa alto*. Pocas veces tiene una forma en *-a* con sustantivos que representan seres vivos femeninos: *ya-mirá yo un mujer guapa na mercado* ‘vi una mujer guapa en el mercado’, *ya-cumprá tres gallina gorda* ‘compró tres gallinas gordas’, *este mga-casa alto* ‘estas casas altas’, *aquel mga-manga maduro* ‘aquellas mangas maduras’. Pero el adjetivo con función nominal acepta a veces el prefijo plural: *el mga-guapa di todo ilós* ‘las más guapas de todas ellas’.

La intensificación del adjetivo o del verbo implica la repetición de la palabra y el morfema de enlace *-ng* (< tagalo, cebuano): *gordo-ng gordo* ‘muy gordo, gordísimo’, *quiere-ng quiere* [ke'reŋ ke're] ‘quiere muchísimo’. La simple repetición del verbo indica solo repetición o continuación: *corré-corré* ‘correr continuamente’, *blanco-blanco el pelo di Talio* ‘crecen pelos blancos en el pelo de Talio’, *ta-vini-vini el mga maestro diotro pueblo* ‘están viniendo continuamente los maestros de otro(s) pueblo(s)’.

Los adjetivos-pronombres demostrativos invariables son: *este*, *ese*, *aquel*. Se pueden utilizar con sustantivos en plural: *este mga-libro* ‘estos libros’.

No hay adverbios en *-mente* derivados de adjetivos: *claro* ‘claro, claramente’. El adjetivo puede siempre utilizarse con función adverbial: *nistós maestro claro iexpli-cá* ‘nuestro maestro explica claramente’.

La raíz de los verbos viene del infinitivo, sin *-r*, acentuado habitualmente en la última vocal, como en criollo portugués; hay muy pocas excepciones: *puede*, *tyene* (*tene*), etc. La conjugación no indica solo «tiempos» sino también «aspectos», por

medio de partículas como los prefijos del criollo portugués. Tres son idénticas: aspecto habitual (cero): *éli trabajá na Manila* ‘el trabaja habitualmente en Manila’; aspecto actual *ta-* (< criollo portugués *tá* < portugués *está* [(i)s’ta]): *yo ta-viví na Filipinas* ‘estoy viviendo en las Filipinas’; aspecto perfecto *ya* (< criollo portugués *ja-* [d̪ʒa], o español *ya*): *ya-comprá eli este libro* ‘ha comprado este libro’. Solamente el aspecto hipotético es diferente: *di-*, *ey-*, *el-* (< hispano-portugués, mientras el criollo portugués utiliza *lo-* < portugués *logo*): *ele di-compra este libro mañana* ‘comprará probablemente este libro mañana’ (cr. pt.: *ésti lívru, éli lo-comprá amanyáng*), *ey-viní ilós aquí mañana* ‘ellos vendrán aquí posiblemente mañana’. Por influencia de las lenguas locales, estas partículas y el sujeto (pronombre o sustantivo) se colocan frecuentemente después del verbo: *ya-hablá yo* ‘yo he hablado’, *andá-ya yo* ‘ya me he ido, me voy’.

La conjugación no indica la persona, esta viene marcada por los pronombres personales sujetos, que se colocan frecuentemente después del verbo: *ya-trabajá yo* / *yo ya-trabajá* ‘trabajé’, *caviteño yo* ‘soy de Cavite’ y vienen, sea del hispano-portugués, sea de lenguas autóctonas, pero, como estas, marca la distinción entre exclusivo y inclusivo en plural:

primera persona de singular: *yo*,  
segunda persona de singular: *vos* /*bos*/, *bo* (*tú*), *usté*,  
tercera persona de singular: *ele* / *éli*, *ey*, *le/la*.  
plural inclusivo, primera persona: *nisós*,  
segunda persona: *vosós*/*busós*, *usté*,  
tercera persona: *ilos* (*ustedes*),  
plural exclusivo, primera persona: *mihotro* (< *mi otro*) /*mi’otro*/, *kita*,  
segunda persona *buhotro* (*bo(s) otro*), *camo*,  
tercera persona: *lohotro* (< *lo otro*), *sila*.

Se utilizan así también varios préstamos de lenguas autóctonas (tagalo, bisaya): *kanamon*, *kenatron* ‘nosotros’, *kaninyo* ‘vosotros’, *sila* ‘ellos’, *níla* ‘de ellos’. Los pronombres complemento se construyen con la preposición *con* (= criollo portugués *ko-* < pt. *com*): *con vós*, *con nisós*, *con ilós*, etc.: *eli ta-llamá con vos* ‘él te está llamando’, *yo ta-iscribí un carta con eli* ‘le estoy escribiendo una carta’. Excepciones: *conmigo*, *contigo*: *que hora ya contigo?* ‘¿qué hora tienes?’, *eli quiere conmigo* ‘él me quiere’.

El criollo filipino no tiene cópula (español: *es*, *son*, criollo portugués: *sã*): *Filipino bo* ‘(tú) eres Filipino’ (el *tú* no se usa sino entre miembros de la misma familia). Las frases ecuativas no ligan sujeto y predicado: *caviteño yo* ‘yo soy de Cavite’, *éli pobre* ‘él (es) pobre’, *con hambre ya yo* ‘yo (tuve) hambre’, *ya-habla yo* ‘yo he hablado’, *anda-ya yo* ‘me voy’, *que hora ya contigo?* ‘¿qué hora tienes?’.

La negación del verbo utiliza tres morfemas según el aspecto:

— *hende* /*hende’*/ (< tg. *hindi*) con el presente, el aspecto continuo y construcciones ecuativas: *el gente quien hende’ ta anda canaton*, *ele gayot ta man uyun canaton* ‘el que no está contra nosotros, está por nosotros’,



— *nway* (< esp. *no hay*) para indicar el aspecto perfecto o el pasado: *nway mas necesidad para molesta con tu amigo* ‘no hay mas necesidad de molestar a tu amigo’,

— *no* (< esp. *no*) con el imperativo: *no ya-murdí este perro!* ‘¡este perro no me mordió!’, *no tene miedo!* ‘¡no tenga miedo!’.

Los verbos *takí*, *tallá* ‘estar’ (< cr. pt. < *está aquí, está allá*) y *tene* (*tyene*) ‘tener’ tienen la forma negativa común *nuay* [nway] ‘no estar, no tener’ (< español *no hay*): *nuay takí ilós ahora* ‘ahora, (ellos) no están por aquí’.

Se utilizan las preposiciones usuales, pero *na* (< pt. *em a*) significa ‘a’, ‘en’ y ‘de’: *quiere casá com Español* ‘quiere casar se con un Español’, *di-andá yo na Manila mañana* ‘iré a Manila mañana’, *éli ta-bene na bus* ‘viene con (en) el bus’.

El genitivo se forma con la preposición *dí-* (< hispano-portugués *de*) *di-casa* ‘de la casa’, cuando el criollo portugués *kasa-sa* adoptó la construcción malaya: *ru-mat saya* (= *casa-dí yo*): *donde tá el libro dí vos?* ‘¿donde está tu libro?’, *aquel casa dí ilós* ‘su casa de ellos’.

La estructura de las frases sigue frecuentemente construcciones hispano-portuguesas, pero con muchas interferencias de construcciones de las lenguas autóctonas; por ejemplo, la tendencia a posponer el sujeto.

Las diferencias entre los dialectos de la Bahía de Manila y los del sur del país no son importantes, no impiden la intercomunicación, pero producen, a veces, efectos cómicos, como el uso y abuso del morfema *gayot* (variantes: *gat*, *gane*), que marca el énfasis en Mindanao y Basilán y viene del bisaya; el tagalo no tiene equivalencia exacta: *chavacano byén fásil lang gayot!* ‘¡el chabacano es realmente muy fácil!’ (*lang* < bisaya), *bien quiere gayot yo contigo, Pilar!* ‘¡te quiero muchísimo, Pilar!’, *mas bonita gayot ele que con Juana* ‘ella es verdaderamente más bonita que Juana’.

Los versículos siguientes de la traducción del Nuevo Testamento en chabacano de Zamboanga, comparados con la versión de Cipriano de Valera, ofrecerán un testimonio de la diferencia entre ambos idiomas. (La ortografía del criollo está muy castellanizada):

*S. Marcos, I, (9-11). Chabacano:* <sup>9</sup> Aquel maga dias y sale si Jesus na sitio de Nazaret na provincia de Galilea; y si Juan ya bautisa con ele na Rio de Jordan. <sup>10</sup> Cuando ya sale si Jesus na agua, ya alsa le dayun su cara y ya mira le que abierto ya el cielo, y el Espíritu Santo ya abaja para con ele na forma de un paloma. <sup>11</sup> Después ta sale na cielo el voz de Dios que ta habla, “Tu el si mio Hijo con quien ta ama gayot yo, y bien alegra gayot yo contigo.

*Versión de Cipriano de Valera:* <sup>9</sup> ya aconteció, en aquellos dias, que Jesus vino de Nazaret a Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. <sup>10</sup> Y luego, subiendo del agua, vió abrirse los cielos y al Espíritu Santo como paloma que decendía sobre él. <sup>11</sup> Y hubo un voz de los cielos que decía: Tu eres mi Hijo amado, en ti tomo contentamiento.

## SITUACIÓN DEL ESPAÑOL SEGÚN LOS CENSOS DE POBLACIÓN

Los censos de población muestran claramente la situación lingüística del país. Empezaron a mediados del siglo XIX, pero ofrecían al principio evaluaciones sospechosas para la lengua española. En los censos elaborados desde 1873, la situación de la población de hablas española y chabacana apareció como sigue. Solamente desde 1975 el cuestionario de censo, mejorado, distingue el español del criollo y ofrece, así, una evaluación, casi perfecta. Contiene, sin embargo, todavía a los filipinos que han aprendido bastante bien el español y dicen, por razón de prestigio, usarlo como lengua habitual:

Año	Población total	Población de habla española.	%
1873	5 151 423	144 463	2,8
1903	7 635 426	978 276	14,0
1918	10 314 310	757 463	1,8
1939	16 000 000	417 375	2,6
1948	19 234 182	345 111	1,8
1960	27 097 687	558 634	2,1
1970	36 691 486	1 335 945	3,6
1975	42 070 660	4 771	0,01
1980	51 650 000	1 730	0,01
1990	60 703 206	2 658	0,004
2008	92 681 653	?	± 0,003

El censo de 2008 no ha sido publicado todavía, solo el número de participantes me es conocido.

Desde 1980, la estadística ha sido igualmente realizada a partir del número de *hogares*, lo que resulta más exacto en la evaluación de la lengua materna. Un hogar representa como promedio menos de seis individuos (5,6). La distribución por hogar de las lenguas principales, según su localización urbana o rural, es también significativa: 8 607 187 hogares fueron identificados, 3 219 107 en zona urbana y 5 288 080 en zona rural. Hablan hoy más de 87 lenguas maternas distintas, las diez más utilizadas representan el 89,54% de una población de 51 650 000 (*tagalo* 29,65%, *cebuano* 24,20%, *ilocano* 9,16%, *bical* 3,98%, *pampango* 2,77%; ya estas lenguas suman el 69,76%):

Lengua materna	Nº. de hogares	zona urbana	zona rural
Pilipino ( <i>tagalo</i> )	2 552 561	1 681 396	871 165
Inglés	5 782	5 236	546
Hokkien (Chino)	11 336	11 105	231
Español	288	245	43
Chabacano (Luzón)	855	807	48
Chabacano (Mindanao...)	41 910	9 719	32 191.

En este mismo censo, 860 hogares se declaraban de lengua indonesia (*malayo*); 337, de lengua japonesa; 317, de lengua alemana; 250, de lengua hindi; 115, de lengua holandesa; 95, de lengua francesa, y 52, de lengua italiana.

Frente a 288 hogares, o sea, aproximadamente 1 700 filipinos, de habla española nativa, hay 42 765 hogares, con 256 590 individuos, de habla criolla. Hoy esta cifra debe superar los 400 000 si se tiene en cuenta la rápida evolución general de la población del país y la extensión del criollo a la provincia de Sabah de la Malasia Oriental (Borneo).

En el censo de 1970, la distribución según la edad de los ciudadanos de habla española indicaba ya varios porcentajes de conocimiento del idioma: más de 75 años, 13,1%; 60 - 75 años, 6,20%; menos de 9 años, 0,06%, y de entre los 42 070 660 habitantes del país declaran conocimientos del español o del criollo 4 023 de menos de 5 años, 9 045 de 5 a 9 años, 20 973 de 10 a 14 años y 165 063 de 15 a 20 años. Una evaluación más exacta aparece en censo de 1975, que distingue el español, con 4771 hablantes (0,01% de la población), del criollo, con 239 484 hablantes (0,54%). La supervivencia de la lengua se ha vuelto muy problemática, y su uso todavía más reducido en 2008 (aprox. 0,002 %). El español no ha sido nunca una lengua mayoritaria en las Filipinas. Solo el criollo de Mindanao es mayoritario en Zamboanga (y alrededores) y en Isabela, capital de la isla de Basilán, y en progresión rápida.

\* \* \*

Es triste presenciar hoy el crepúsculo de una lengua de civilización, que figura entre los diez idiomas mas importantes del mundo y que ha producido y continúa produciendo una literatura riquísima, en favor de un idioma prácticamente sin literatura notable y de uso limitado solamente nacional.

La influencia del español sobre la estructura y, sobre todo, el vocabulario de las lenguas locales en los siglos pasados ha sido considerable. Todos los objetos y conceptos introducidos por los conquistadores llevaron consigo la palabra española correspondiente. Así, el diccionario tagalo contiene hoy más de seis mil palabras españolas, y el diccionario cebuano más de ocho mil. Las lenguas locales no conocían un sistema de numeración, la numeración española fue adoptada, como también las medidas del tiempo (días, meses, años, fechas), inexistentes en las culturas primitivas de los indígenas.

Pero si ya no es la lengua que introduce la influencia de la cultura hispánica en el archipiélago, continúa influyendo en la manera de pensar y de concebir de muchos filipinos. Como decía el antiguo Presidente Manuel Roxas, «Filipinas está en Oriente, pero no es del Oriente aunque sea para el Oriente».

En reacción contra la desaparición del español en la enseñanza y de su exclusión como lengua nacional en la nueva Constitución de 1987, Antonio M. Molina, miembro de la rama filipina de la Academia de la Lengua, escribía en el diario madrileño ABC (27-10-1987):

Filipinas es un país hispánico por razones mucho más profundas que el conocimiento y uso del idioma español. Lo es por lo que he dado en llamar «hispanismo-sustancia», es decir por su talante vital, su concepción de los valores, un estilo de comportamiento tan idéntico a los del pueblo español como distinto de los de sus vecinos en Asia.

Esta “hispanismo-sustancia” quedará como el legado definitivo y profundo de España en estas comarcas, también cuando el *hispano-cause*, o sea, la lengua española, según la terminología de Antonio M. Molina, haya definitivamente desaparecido.

### BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ALZONA, Encarnación (1956) *El legado de España a Filipinas*. Pasay [ed. de la autora].
- BARCELÓN, Emeterio (1968) *Morirá el Castellano en Filipinas?*, Boletín de la Academia Filipina, Manila, 1968.
- BARÓN CASTRO, Rodolfo (1972): “Hispanismos en el tagalo”. *Thesaurus* 27/1, 1-70.
- BATALHA, Graciete Nogueira (1960): “Coincidências com o dialecto de Macau em dialectos espanhóis das Ilhas Filipinas”. *Boletim de Filologia* 19, 295-303.
- BLOUNT, Ben G. & Mary SANCHES (eds.) (1977): *Sociocultural Dimensions in Language Change*. New York: Academic Press.
- BROAD, Henry Philip (1929): “Chabacano”. *Philippine Magazine* 26/3, 142.
- COLLANTES TOMINES, Ricardo (1967): *El idioma español en Filipinas en la época contemporánea*. Tesis. Madrid
- COLLANTES TOMINES, Ricardo (1965): *La ejecución de las leyes sobre enseñanza del español*. Manila: Oficina del Secretario de Educación, Manila.
- COLLANTES TOMINES, Ricardo (1977): *Presente y Futuro de la Enseñanza del Español en las Filipinas*. Manila. Cuaderno del Centro Cultural.
- Constitución de un Commonwealth de Filipinas*. Archivos Nacionales, Manila, 1916.
- Constitutions of the Republic of the Philippines*. Archivos Nacionales, Manila, 1937<sup>1</sup>, 1973<sup>2</sup>, 1987<sup>3</sup>.
- DE LA COSTA, Horacio (1961): *The Jesuits in the Philippines, 1581-1768*. Cambridge: Harvard University Press.
- El Nuevo Testamento (Chabacano)*. New York: International Bible Society, 1981.
- FORMAN, Michael (1972): *Zamboangueno Texts with grammatical Analysis: a Study of Philippine Creole Spanish*. Tesis. Cornell University, Ithaca, NY.
- FOX, Robert B. & Elizabeth H. FLORY (eds.) (1974): *The Filipino People: Cultural-Linguistic Map of the Philippines*. Manila: National Museum of the Philippines.
- FRAKE, Charles O. (1971): “Lexical Origin and Semantic Structure in Philippine Creole Spanish”. En Dell Hymes (ed.): *Pidginisation and Creolization of Languages*. Cambridge: Cambridge University Press, 223-42.
- GARCÍA, Araceli Pons (1947): *Why Spanish should be taught in all High Schools and Colleges in the Philippines*. Tesis. University of Santo Tomas, Manila.
- GARCÍA-MEDALL, Joaquín (2009): *Vocabularios hispano-asiáticos: traducción y contacto intercultural*. Soria: Diputación provincial de Soria.
- GERMAN, Alfredo B. (1932): *The Spanish dialect of Cavite, 1932*. Tesis. University of the Philippines, Manila.
- GÓMEZ RIVERA, Guillermo (2007): “La enseñanza regular del español en Filipinas: una buena lección de cosas”. *Cuadernos Canela* 18, 9-26.
- HERNANDEZ, Viveca (1980): *Arabic Loanwords in Pilipino through Spanish*. Tesis. University of the Philippines.
- LIPSKI, John M. (1988): “Philippine Creole Spanish: Assessing the Portuguese Element”. *Zeitschrift für Romanische Philologie* 104/1-2, 25-45.

- LLAMADO, Librada C. (1969): *An Analysis of the basic Structure of Cavite Chabacano*. Tesis. Philippine Normal College, Manila.
- LLAMZON, Teodoro A. (1978): *Handbook of Philippine Language Groups*, Quezon City: Ateneo de Manila University Press, 1978.
- LOPEZ, Cecilio (1976): *A Comparative Philippine Word-list: I, II*. Quezon City: Archives of Philippine Languages and Dialects and the Philippine Linguistics Circle.
- MACANSANTOS, Armando (1971): *A contrastive analysis of Spanish and Chabacano, concordance of forms and structure of noun-head modification*. Tesis. University of the Philippines.
- MAÑO, Toribia (1961): *Zamboangueno Chabacano*. Tesis. Far Eastern University.
- MAÑO, Toribia (1963): "The Zamboanga Chabacano Grammar". *Far Eastern University Journal* 7, 672-82.
- McFARLAND, Curtis B. (1980): *A Linguistic Atlas of the Philippines*. Tokyo: Tokyo University of Foreign Studies.
- MCKAUGHAM, Howard P. (1954): "Notes on Chabacano Grammar". *Journal of East Asiatic Studies* 3, 205-26.
- MENDOZA, Edgardo Tiamson (1984): *Latidos del Alma Filipina*. Manila: Bookmark.
- MIRANDA, Gervasio (1956): *El dialecto chabacano de Cavite*. Dumaguete City [ed. del autor].
- MOLONY, Carol H., *Semantic Changes in Chabacano*. En J. Meisel (ed.): *Languages in Contact*. Tübingen: Gunter Narr, 153-66.
- MOLONY, Carol H. (1977): "Recent relexification processes in Philippine Creole Spanish". En Blount & Sanches (1977: 131-59).
- MOLONY, Carol H. (1978): "Lexical Changes in Philippine Creole". En W. McCornack & S. Wurm (eds.): *Approaches to Language. Anthropological Issues*. The Hague: Mouton, 401-16.
- National Archives (Archivos Nacionales). Manila, 1973.
- National Library (Biblioteca Nacional): *Bibliography of Material in the Philippine Vernacular Languages*. Manila, 1973.
- Oficina de Educación Iberoamericana (1972): *Hispanismos en el tagalo: Diccionario de vocablos de origen español vigentes en esta lengua filipina*. Realizado por A. Cuadrado Muñoz, revisado por Antonio M. Molina, con estudio preliminar de R. Barón Castro. Madrid.
- PALACIOS, Julio (1925): "Quien civilizó a Filipinas fué España". ESPAFIL, Manila.
- PANGANIBAN, José Villa (1961): *Spanish Loan-words in the Tagalog Language*. Manila, 1961.
- PHELAN, John Leddy (1967): *The Hispanisation of the Philippines. Spanish Aims and Filipino Responses (1565-1700)*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Philippines Yearbook*. III. *Population*, Manila, 1975.
- QUILIS, Antonio (1976): *Hispanismos en Cebuano*. Madrid: Alcalá.
- RIEGO DE DIOS, Maria Isabelita (1976): "The Cotabato Chabacano Verb". *Philippine Journal of Linguistics* 7, 48-59.
- RIEGO DE DIOS, Maria Isabelita (1978): "A Pilot Study on the Dialects of Philippine Creole Spanish". *Studies in Philippine Linguistics* 2/1, 77-81.
- RIEGO DE DIOS, Maria Isabelita (1973): *A Preliminary Investigation: The Generative Semantic of Cotabato Chabacano*. Ms. Manila: Ateneo-PNC, Linguistic Consortium.
- RIEGO DE DIOS, Maria Isabelita (1974): "The segmental phonemes of catabato chabacano". Ms., Philippine Normal College, Manila.
- SCHUCHARDT, H. (1883): *Über das Malaio-Spanisch der Philippinen*. Wien: Akademie der Wissenschaft.

- SUAREZ, Carlito M. (1981): *A cross-linguistic Study of Reflexivity in Spanish and Tagalog*. Quezon City: G. M. Suarez.
- SUEIRO JUSTEL, Joaquín (2002): *La enseñanza de idiomas en Filipinas (siglos XVI-XIX)*. Noia, A Coruña: Toxosoutos.
- SUEIRO JUSTEL, Joaquín (2002): *La política lingüística española en América y Filipinas (siglos XVI-XIX)*. Lugo: Tris Tram.
- SUEIRO JUSTEL, Joaquín (2003): *Historia de la lingüística española en Filipinas (1580-1898)*. Lugo: Axac, 2007<sup>2</sup>.
- WHINNOM, Keith (1956): *Spanish Contact Vernaculars in the Philippine Islands*. London: Hong-Kong University Press / Oxford University Press.
- VILLADELGADO, José (1972): *An analytical Study of the Chabacano Verb*. Tesis. Central Philippine University, Iloilo City.
- [www.census.gov.ph](http://www.census.gov.ph).